

En la puerta del círculo, siempre brillantemente alumbrado, de donde había salido tres horas antes despidió el coche, subió, entregó el abrigo á un camarero y entró en la sala de juego, donde ganó gruesas sumas sin darse cuenta de lo que hacía, con su impasibilidad ordinaria.

Sentía necesidad de aturdirse, de ser visto, de llamar la atención y de prepararse la coartada como los asesinos vulgares.

¿Qué le importaba ganar ó perder unos miserables billetes?

¿No tendría, cuando quisiera, los millones de su víctima.

A las cinco de la mañana, lívido y preocupado volvió á su casa.

En su habitación no se atrevió á mirar el retrato de su madre. Parecíale que aquella melancólica cabeza de mártir no le miraba con el mismo carifio y que fijaba en él ojos severos y tristes.

Volvía con la cabeza baja, abrumado por execrable delito, por la vileza y cobardía de una acción para la cual no hallaba disculpa.

Y se veía enlazado á una mujer á la que no sabía si aborrecer ó amar, y cuya sangre fría le espantaba.

Inquieto y agitado, perseguido por el fantasma de Bresson, se acostó y cerró los ojos.

El último de los Vaudrey-Laugou era ya un asesino tembloroso en aquel palacio de donde habían salido tantos generales, tantos prelados y caballeros brillantísimos.

Abrumábale el peso de su infamia.  
Pero pronto habría de enderezarse al impulso vigoroso de su cómplice.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA

"ALFONSO J. GARCÍA"  
Año. 1925

V  
LUCIANA.

La doncella, después de cerrar la puerta del jardín, volvió, como le habían mandado, al lado de su ama.

La hija del coronel Renaud tenía una cabeza vigorosamente organizada.

En algunos minutos había trazado su plan como si hubiera tenido semanas enteras para disponerlo á su gusto.

No podríamos asegurar que el valiente militar á quien debía la vida fuese gran estrategico, pero la hija estaba dotada de golpe de vista rápido y seguro, el golpe de vista con que se ganan las batallas, y el padre le había transmitido á lo menos parte de su denuedo.

Sin embargo, tenía en Luciana un poderoso adversario.

No era fácil engañarla. Tenía en su favor su ingenio sutil y penetrante, mezcla de astucia, agudeza malicia y malas artes. El logro de sus victorias se debía al disimulo.

No tenía además ninguna especie de escrúpulos. Su provecho: esta era la norma de sus actos.

Pero este provecho lo entendía á maravilla.

Su pasado podía servirle de disculpa.

Luciana tuvo en los albores de la juventud horas amargas.

Nacida treinta y cuatro años antes en una aldea del Eure, cerca de Andelys, podía alegar en su favor como circunstancia atenuante que no concurría en el duque, ni en la baronesa, la estremada miseria de su infancia, de que quería resarcirse.

Había perdido á sus padres antes de conocerlos.

Los desdichados no ocupaban brillante posición en el mundo. El padre era pastor en una alquería y la madre vaquera en otra. Toda la herencia consistió en algunas ropas usadas, por las cuales no hubiera dado cien sueldos un trapero.

La niña fué recogida por unas hermanas de la caridad, que le dieron una instrucción con la cual se puede esperar por principio una plaza de niñera.

Esto, en ocasiones, es bastante, y todas las niñas nacidas en la triste condición de la hija del pastor y de la vaquera no llegan siempre á ese puesto.

Luciana entró de niñera en casa de un tendero de la calle de San Martín, de donde no tardó en escaparse como de un calabozo. El camaranchon donde dormía se le parecía... por lo feo.

Después de algunas pruebas de igual clase, tuvo la suerte de tener por vecina de boardilla á una joven costurera que trabajaba en uno de esos talleres de modistas que por lo comun tienen en el ró-

tulo estas tres palabras: Trajes abrigos. La obrera buena y amable, se interesó por su vecina y pudo hacerla entrar en la casa.

Ya estaba con el pie en el estribo.

La ganancia era escasa.

No pasaba de tres francos y medio al día. Tres francos y medio, cuyos cuatro quintos eran absorbidos por la comiducha á quince sueldos y el alquiler de la bohardilla que era preciso pagar. Las niferas tienen por lo menos la ventaja indiscutible de estar mal alimentadas y peor alojadas, pero exentas de pago por su mal alojamiento y comida.

Quizá en su taller de la calle del Cuatro de Septiembre Luciana, como tantas otras pudo percibir algun suplemento de procedencia dudosa.

Pero, puestos á decirlo todo, es de advertir que cuando, al dar las doce emprendía su vuelo el regocijado enjambre para buscar su parte en los alrededores, jamás se fijaban en Luciana las lentes de ociosos y transeuntes.

Luciana estaba mal dotada respecto á atractivos naturales.

Pero, lo que vale más, tenía en su inteligencia una compensación brillante.

En dieciocho meses de taller aprendió á conocer la sociedad de París, estudiándola desde abajo, método mejor que otro cualquiera para conocerla á fondo.

En todas las capas sociales son parecidas las pasiones de los hombres. La diferencia estriba casi siempre en el estilo y los modales.

El estudio de Luciana no se había limitado á sus compañeras é iguales. La clase á que pertenecía mantiene relaciones con las superiores, y á menudo, de escalón en escalón, las historias de lo más alto, las de las señoras que visten trajes de tres mil francos, bajan hasta las que los cortan y cosen.

Luciana aprendió algo más.

Pronto supo vestirse y adquirir cierto aire de elegancia, cortarse trajes para sí, y terminarlos sin más que sus propias manos.

A los veinticuatro años, la discípula de las hermanas de la Caridad podía elegir entre un establecimiento de provincias donde hubiera podido ejercer su habilidad en servicio de las burguesas de una subprefectura de tercera clase, y una plaza de doncella en la casa de una de las parroquianas más ricas del taller en que había hecho su aprendizaje.

Luciana no vaciló.

Un normando decía:

—¡Dios miol no te pidió que me des riquezas, sino que me pongas al lado de los que las tienen.

Luciana no era normanda, pero pensaba de igual modo.

Los ricos están en París.

Luego en París estaba el filón que podían explotar las mujeres de su carácter.

Considerad las que acuden á París de los cuatro puntos cardinales y las que se resignan á vivir en parte.

Luciana lo comprendió, mediante su positiva

intuición de los vicios de su tiempo y del provecho que de ellos puede obtener un orlado ingenioso.

Su buena estrella le hizo al entrar al servicio de la baronesa de Bresson poco después del matrimonio del banquero.

Luisa Renaud pudo felicitarse de tener á sus órdenes tan buen sabueso, y nunca tuvo motivo de queja.

Luciana estaba, pues, desde hacia unos siete años al servicio de la baronesa cuando ocurrió la catástrofe que acaba de ser contada.

Tenia ya grandes ahorros, treinta y cuatro ó treinta y cinco primaveras y vasta experiencia adquirida á espensas de las varias señoras á cuyas órdenes hacía trabajado.

Cuando las dos mujeres se encontraron frente á frente en la habitación de la baronesa, se miraron un instante como dos combatientes antes de cruzar los aceros.

La señora Bresson desconfiaba por primera vez de Luciana.

La pregunta de su amante: «¿Estás segura de esa mujer?» surgía en su memoria.

Venal lo era; la hermosa rubia lo sabía mejor que nadie, pues para comprar su silencio, le daba cuanto quería, sin que se tomase el trabajo de pedirlo;

Necesitaba conservarla á cualquier precio; revelándole lo menos posible del secreto fatal, pero procurando conservarla amiga.

Por fortuna, la muerte de Santiago Bresson,

aquella muerte deplorable que podía perderla, ¿no la hacia inmensamente rica? ¿Y no era preciso ante todo, y costase lo que costase disipar sus sospechas?

—Luciana,—comenzó la baronesa,—¿dónde estaba usted hace una hora?

La doncella respondió astutamente.

—¿Me permitirás la señora baronesa contestar con otra pregunta á su pregunta?

—Como usted quiera.

Fingiéndose con la mayor habilidad, siguió Luciana:

—¿Por qué me pregunta usted dónde estaba? Bien sabe la señora que ejecuto sus órdenes al pie de la letra: La señora me ha mandado que no me alejase.

—¡Ahl ¿estaba usted ahí?

—Es decir no estaba lejos.

—He llamado y no ha venido usted.

—¿Ha llamado usted?—dijo la criada con una mueca incrédula.

—Dos veces.

—Es asombroso. No he oído nada.

—¡De veras!

—Estaba en mi cuarto, y me he dormido sin duda.

Era una buena mentira.

El cuarto de Luciana estaba contiguo al de tocador.

La baronesa pensó:

—Nada sabré por ella.

Y Luciana,

—Aguárdate. Ya veo por donde vas.

En realidad, Luciana, que no estaba lejos, no sabia todo lo ocurrido, aunque habia procurado enterarse escuchando á las puertas. Habia oído distintamente, no dos campanillazos, sino dos tiros de pistola. Pero ignoraba quien los habia disparado, lo cual la tenía llena de curiosidad extremada.

A su entender debia haber sido el barón, cuya voz habia percibido claramente, aunque sin distinguir sus palabras. Su asombro al entrar en la habitación provenia de no ver en ninguna parte al hombre que esperaba ver en pie; y de haber encontrado vivo á quien creía encontrar tendido sobre la alfombra.

Quizá—aunque no podamos asegurarlo—su señora la hubiera ganado para su causa, con una confesión sincera, acompañada de una gruesa suma, pero debia herirla en lo más vivo tratando de disimular y de superarla en astucia.

Luciana quería engañar á los demás, pero con ser engañada nunca transigiria.

Cada cual tiene su vanidad.

La de Luciana se subleva á esta idea.

—Tengo fino el oído—dijo con tono en que se traslucía un poco de ironía.—Si la señora ha llamado, como dice, no lo entiendo, porque el ruido más pequeño me despierta. Además mi sueño no ha sido largo, y puedo asegurarle que no he salido de mi cuarto.

La baronesa se mordió los labios.

El acento de Luciana era seco. Daba á entender que estaba ofendida y apercebida á la defensa.

Si no lo sabía todo sabía lo suficiente para ser peligrosa.

Podía además haber escuchado después de las dos detonaciones. Con su excelente oído de que con justicia se preciaba era imposible que no las hubiera oído.

La baronesa la miraba atentamente, con el rostro contraído.

—¿Pero qué ha pasado?—preguntó Luciana con el tono más natural del mundo. Me espanta usted señora.

—¿Luego no sospecha usted nada?

—Sí,—dijo sencillamente Luciana.

Los ojos de la baronesa la interrogaban con ansiedad mal disimulada.

Luciana era, á su juicio, el único testigo que importaba comprar.

—Me ha parecido,—prosiguió la doncella,—que hablaban alto.

He oído, á decir verdad, que el señor baron debía haberse presentado de repente, porque he conocido su voz en la disputa. Hubiera podido asegurarme de la verdad, pero ya sabe usted que llevo la discreción hasta el extremo.

—Sin duda ¿Nada más?

Sí. A continuación de la disputa, me ha parecido oír una doble detonación. No quiero engañar á usted. He sentido terror espantoso y me he acercado á la puerta del gabinete.

—¡Ah!

—La señora comprenderá que por ella era mi inquietud. El ruido había cesado... luego nada.

—¿Y entonces?...

—He pensado que todo se arreglaba y no me he atrevido á entrar.

Luciana hablaba con tan bien fingida sinceridad que hubiera engañado á un juez de instrucción. La doncella era una artista de primera fuerza, pero la astucia de la baronesa era superior.

Luisa estudiaba á hurtadillas, sin dejarse engañar por el acento franco de Luciana, los menores movimientos de su rostro.

Nada revelaba ficción: el gesto, la voz y la posición de la cabeza, concordaban admirablemente.

O Luciana era sincera, lo cual parecía dudoso, ó tenía el genio de la mentira.

En uno ú otro caso era preciso contar con ella y atraerla á su partido.

La Baronesa quemó sus navas.

Hallábase por otra parte, en uno de esos momentos en que el crimen ahogaría al criminal, de no tener un confidente en quien descargar el atroz peso.

Por desdicha, el secreto de la baronesa era tan odioso, que no se atrevía á revelarlo en toda su enormidad.

—No se ha engañado usted—dijo por último. Ha habido una escena espantosa. ¿Puedo contar con usted?

—Bien sabe usted que sí. Me ha hecho usted

tantos favores que sería una ingrata si no se los agradeciese.

—Pues voy á ravelárselo todo.

—Me espanta usted, señora.

—Nos han hecho traición.

—¿Es posible?—exclamó Luciana.

—Sí, cuando íbamos á separarnos el duque y yo, hemcs oido ruido en el gabinete y se ha presentado mi marido.

—Me lo temía.

—Al ver al duque, se ha quedado estupefacto. He temido por la vida del señor de Vaudrey; pero, con gran asombro mío, después de algunas palabras incoherentes que revelaban su cólera, su agitacion y cierto desórden de ideas, nos ha dejado: ha entrado en su habitación, y casi al instante dos detonaciones nos han dado á conocer el desenlace fatal. El infeliz se habia suicidado.

—¡De veras!

La exclamación de Luciana era bastante equivocada. Los tiros habian sido en el gabinete de la baronesa y no en el de su marido. Luciana estaba segura de ello.

La señora Breson tuvo alguna inquietud.

Estaba visto que Luciana queria permanecer impenetrable y tener en jaque á su ama para mantenerla á su disposicion.

—Me ha asegurado usted su adhesion—dijo Luisa casi en tono de súplica—es la mejor ocasión de demostrarlo. ¿Sabe alguno que el duque ha estado esta noche aquí?

—Nadie.

—Es preciso que nadie lo sospeche. Es preciso, ¿entiende usted?

—Se callará usted?

—¡Sí usted me lo manda!

—No se lo mando, se lo suplico. Gracias á usted nadie conoce mis relaciones con el señor Vaudrey. Atribuyo la resolución desesperada de mi marido al dolor que le ha causado, el conocer mi falta. Su muerte será para mí un remordimiento atroz. El flanco del infeliz era amarme más de lo merecido. La enorme fortuna que me deja no podrá borrar mis remordimientos. Mi honor está en manos de usted. Luciana. Lo que más me aterra es que en el asunto se haga luz, y usted puede evitarlo. Mi gratitud por tal servicio no reconocerá límites. ¿Puedo contar con usted?

Luciana vió llover sobre sí un diluvio de oro.

Aquella semi-confesión y la mal disimulada inquietud de la baronesa demostraban la existencia de faltas más graves que las reveladas, y le prometian beneficios sin fin.

—¿Tiene usted necesidad de preguntármelo—respondió.

—¿Dónde están los demás criados?

—En sus habitaciones.

—¿Conoce alguno el espantoso suceso.

—Nadie.

—¡Loado sea Dios! Hasta mañana no se sabrá la triste nueva. ¡Qué despertar, Dios mío! Claro

esta que debemos sorprenderlo tanto como los demás. ¿No le parece á usted así, Luciana.

—Nada más natural. Tiene usted razón.

—Indagarán la causa del extraño suicidio; ¡pero cuántas otras muertes no quedan sin explicación!

—Es verdad.

Luciana añadió, no sin aviesa intención

—De no ser cogido desvalijando á un transeunte en la calle, se puede contar con la impunidad. ¿Pero que dirá el barón Noel? ¡Los dos hermanos se adoraban!

Aquí estaba el peligro.

Luciana lo señalaba con esta frase breve pero amenazadora.

La hermosa rubia inclinó la cabeza sobre el pecho al sentir aquella especie de flecha.

Pero pronto la irguió, y amenazó con el puño á una persona invisible como si la quisiera desafiar.

Levantóse y dijo brevemente.

—¿Me promete usted callar?

—Sí.

—Me basta. El resto no me importa. Silencio y hace usted su suerte.

—¿Se queda usted sola?

—Sí.

—¿No me necesita usted ya?

—No... mañana al amanecer levántese usted, y venga á llamarme.

—Bien, señora.

Luciana arregló la habitación, preparó el lecho de su señora, y se fué.

La joven echó el cerrojo á su puerta para poner un obstáculo entre ella y el cadáver que habia de turbar sus sueños más de una vez.

No durmió.

Lo mismo que el duque, tenia constantemente ante los ojos la lívida cabeza del hombre que la habia elevado de la nada para hacerla objeto de envidia por su hermosura y su opulencia. Aquella amenazadora faz la seguía á todas partes, y junto á ella otra, la del barón Noel, cuyos ojos escudriñaban el fondo de su alma, mientras «¿qué has hecho de mi hermano?» repetía su voz.

La noche le pareció un siglo.

Amaneció, por fin, un triste y plomizo día de invierno, menos lúgubre y negro que el fondo de su corazón.

## VI

### EL BARON NOEL.

Es raro que transcurra un año en París sin que la curiosidad pública sea excitada por algún ruidoso suicidio ó alguna muerte misteriosa cuyo secreto permanece impenetrable.

Durante algunos días promuévese un rumor confuso, una multitud de suposiciones más ó menos erróneas y un montón de historias que honran